

EL FUTURO DE EUROPA: ESPERANZAS Y RIESGOS

Mihály Kupa, MP

Cuando Hungría abrió sus fronteras con Austria a los refugiados de la Alemania Oriental en 1989, ese acontecimiento puso fin a la tercera guerra mundial y marcó el comienzo de una nueva era en Europa, y quizá en el mundo entero. Para que se diera semejante momento histórico, también fue precisa la im placable actitud del presidente Reagan contra el «imperio del mal», la convincente superioridad tecnológica e intelectual de las Comunidades Europeas y la sabiduría del entonces líder del partido, Gorbachov, a la hora de aceptar que el comunismo había fracasado y ya no admitía más reformas.

Quinientos años después del descubrimiento y colonización de América, a Europa se le ofrece otra oportunidad de volver en sí, reconocer sus comunes raíces culturales e históricas y convertirse en una Europa unida, después de un largo período de frenéticas luchas y de aspiraciones hegemónicas.

Hagamos una breve recapitulación histórica —la Historia es maestra de la vida, decían los romanos—, sin caer en el pozo de la nostalgia o del tradicionalismo.

Junto con otros pueblos y naciones de la Europa central, los húngaros también estuvimos meciendo la cuna de Europa. Atrapados entre los imperios francogermánico y ruso-bizantino en los siglos VIII-X, suecos, polacos, checos, húngaros y croatas optaron por la religión y la cultura cristiana, es decir, por Europa o el camino hacia Europa. En otras palabras, los pueblos y naciones de Centroeuropa se comprometieron con Europa y mantuvieron su compromiso incluso en los peores tiempos.

Saltando hacia adelante en la Historia, esos pueblos y naciones tomaron parte en las luchas de poder en Europa, sobrevivieron a las vicisitudes de la invasión mongola, pero con el descubrimiento de América y el surgimiento de nuevas rutas comerciales, Centroeuropa perdió su importancia económica, y sus naciones pasaron los siguientes quinientos años (prácticamente hasta 1989) luchando por recuperar su identidad nacional, y a menudo su supervivencia, bajo las alternativas invasiones, protecto-

rados o patronatos de otomanos, prusianos, austriacos o rusos.

Las naciones centroeuropeas obtuvieron su independencia nacional —a menudo en contra de unos y otros— después del Tratado de paz de Trianón, que puso fin a la primera guerra mundial —y que en la actualidad se considera claramente injusto—, sólo para ser entregadas a la Unión Soviética comunista por las potencias victoriosas en 1945. Fue una paradoja histórica que, después de combatir las influencias orientales durante casi un milenio, los estados del Báltico, incluyendo Finlandia, Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Eslovenia y Croacia, perdieran finalmente su batalla (aunque no la guerra) de un plumazo, en 1945.

Por decirlo todo, hay que destacar que Lenin, el creador del comunismo, tomó como modelo una combinación del Estado prusiano y la primitiva organización industrial americana (de principios de siglo), incluyendo la primitiva ilusión del «hombre hecho a sí mismo» («cualquiera puede hacerlo»). Ese modelo representaba esencialmente una contrarrevolución industrial en la Historia de la Humanidad, tratando de erradicar el camino del desarrollo, por ejemplo las iniciativas individuales, la propiedad privada y la competencia, junto con los derechos fundamentales, a costa de inmensos sacrificios humanos y culturales, lo que afortunadamente terminó en un fiasco.

Las naciones de Centroeuropa respondieron al desafío con inquietud social y motines. Nunca aceptaron los valores comunistas, y se alzaron contra la tiranía una y otra vez. Baste con mencionar los casos de Berlín en 1953, Budapest y Katowice en 1956, Praga en 1968 y Varsovia en 1979-80. El Occidente desarrollado guardó invariablemente silencio sobre todos estos acontecimientos. Únicamente dedicó su atención a Budapest en 1989, Timisoara (Temesvár) en 1990 y Praga en 1991, y advirtió el inicio de una nueva era.

Naturalmente, la parte desarrollada del mundo reaccionó a la caída de lo que Churchill había des-

crito en su famoso discurso de Fulton como «el telón de acero». Después de haber aparcado todas sus controversias históricas, creado la alianza militar más poderosa del mundo y una red de acuerdos militares, de haberse levantado en armas contra la escalada del comunismo en Grecia, Corea, Vietnam, Oriente Medio e Indonesia, por citar sólo algunos casos; después, también de que Europa occidental hubiera levantado la mayor obra de toda la historia europea: la Unión Europea Occidental y las Comunidades Europeas, basadas en los principios de democracia, libertad, paz y cooperación.

Así es como llegamos a 1989 y a nuestro tiempo. Quienquiera que pretenda entender la Europa de hoy, tendrá que comprender los motivos que subyacen a los cambios. Cada nación, no importa lo pequeña que fuera, ha mantenido su lenguaje, su cultura, su religión y las bases de su identidad nacional contra la violencia y las influencias exteriores a través de los siglos. Sólo sobre esta base puede entenderse cómo en Centroeuropa y en el territorio de la antigua Unión Soviética, únicamente Polonia, Hungría, Rumanía, Bulgaria y Albania han mantenido sus posturas nacionales, mientras Checoslovaquia ha sido dividida en República Checa y Eslovaquia, la antigua Yugoslavia se ha desintegrado en varios estados independientes que se han enzarzado en una guerra civil inmanejable, por usar las palabras del presidente Clinton. También la Unión Soviética se ha dividido, con más de un 40 por 100 de población de etnia rusa en los estados sucesores, creándose los más graves problemas de minorías nacionales del mundo y guerras civiles que están causando derramamientos de sangre en muchas zonas (Georgia, Azerbaiyán).

Los estados miembros de las Comunidades Europeas están luchando con graves problemas económicos, mientras la mayoría de los países de la EFTA han pedido la asociación, y Turquía lleva mucho tiempo haciendo cola para ser miembro de pleno derecho.

Dados los cambios que han tenido lugar, Europa se puede dividir en cuatro regiones distintas, conforme a desarrollo de la democracia, condiciones del mercado y economía:

- Los doce países de la CE, más los países que han solicitado recientemente su adhesión (Austria, Suecia, Noruega, Finlandia, etcétera).
- Centroeuropa, incluyendo Polonia, la República Checa, Eslovaquia, Hungría (los países del Grupo de Visegrado, que han firmado un acuerdo de libre comercio), pero también Eslovenia y Croacia, a condición de que se alcance la paz.
- Ucrania, Bulgaria, Rumanía, Albania, los esta-

dos bálticos independientes (Estonia, Letonia y Lituania), y Serbia, Bosnia y Macedonia, siempre que firmen la paz.

- El «imperio» ruso (Bielorrusia, Rusia).

Como cualquier clasificación, ésta también es arbitraria, pero si se tiene que definir a Europa no sólo como una unidad geográfica, sino también como una categoría cultural, histórica y económica, la clasificación anteriormente mencionada está muy próxima a la realidad, y al mismo tiempo establece las fronteras de Europa (recordemos lo que dijo De Gaulle: Europa se extiende del Atlántico a los Urales).

En el mismo sentido, deberíamos recordar también las fronteras culturales y religiosas de Europa, por hipotéticas que sean, que inevitablemente dejan sus huellas en la vida cotidiana y en las normas económicas; la frontera aproximada con la cultura y religión judeocristiana en Europa puede trazarse a través de la península escandinava, los estados bálticos, Polonia, Eslovaquia, Hungría (también las zonas de Ucrania y Rumanía al Oeste de los Cárpatos), Eslovenia y Croacia. Esa «frontera» no es en modo alguno una distinción, y sólo significa que la cultura bizantina y ortodoxa, su religión y sus costumbres prevalecen al otro lado de ella. Si se prefiere, Europa está en la intersección de diferentes culturas, en el sentido real del término, justo como le sucede a Grecia o a la religión árabe-mediterránea. Todo esto, sin embargo, representa una diferencia respecto a lo que Weber definió como éticas europeas y las actitudes correspondientes.

Si pensamos en el futuro de Europa como un todo, tenemos que tener todo esto en cuenta.

Europa, tal como la he descrito, sólo es una de las regiones del mundo, y ni siquiera la más grande.

Tenemos que definir la Europa del futuro y el futuro de Europa en el mundo en general, que está cambiando rápidamente y al que tenemos que adaptarnos.

¿Qué podemos esperar, sin pretender ser adivinos, sólo sobre las bases del sentido común y la previsión?

Por una parte, el mundo se está moviendo hacia una creciente globalización, ya sea en el terreno de la comunicación, la vida económica y de negocios o los graves problemas, tales como la necesidad de asegurar un medio ambiente saludable y la lucha contra el SIDA. La globalización también se manifiesta en las cuestiones relacionadas con la paz y la seguridad, aunque estemos presenciando pasivamente las guerras civiles en Somalia o Yugoslavia, los problemas de Angola, la pobreza, la discriminación racial, las agresivas aspiraciones de Irak y Co-

rea del Norte de convertirse en potencias nucleares, o las ansias de poder de otros países y movimientos religiosos. Sin embargo, también existen indicios prometedores, como el proceso de paz en Oriente Medio, la evolución en Sudáfrica, el proceso democratizador de América Latina o la restauración camboyana.

Paralelamente a la globalización, también debería tenerse en cuenta el reforzamiento de la regionalización, y tomarse muy en serio para el futuro, de algunas partes del mundo, entre ellas Europa.

¿Qué hay de todo esto?

Para empezar, que Estados Unidos, actualmente la única superpotencia legitimada, está desplazando gradualmente su foco e interés al continente norteamericano (NAFTA) y a la región del Pacífico. Este desplazamiento puede oscurecer el papel de Europa y de la cooperación atlántica en las relaciones americanas, pero al mismo tiempo conduce a un interés creciente en Rusia (armas nucleares, recursos naturales, seguridad), China y Oriente Medio.

Para Europa, el futuro papel de Rusia (el «imperio ruso») es crucial. En mi modesta opinión, Rusia, junto con los territorios bajo su control o influencia, seguirá siendo un imperio a largo plazo, y nunca se convertirá en parte integrante de Europa, ni en una economía de mercado occidental ni en una democracia.

América Latina, Japón y otros países orientales cercanos que se encuentran en rápido crecimiento, los estados del Golfo, Sudáfrica y las repúblicas africanas cooperantes deberían considerarse como regiones separadas. Por no hablar de China e India, que indudablemente serán los gigantes del mundo. Es probable que Turquía se convierta en una potencia regional, dominando quizá algunas de las antiguas repúblicas soviéticas de Asia. Irán, el descendiente del antiguo imperio persa, seguirá siendo un caballo perdedor.

Mientras crea una Unión dentro de sus fronteras, Europa tendrá que contar con unos bloques regionales potencialmente fuertes, que emergerán de la nada y se convertirán en competidores.

Pero la fuerza de Europa siempre ha dependido de una buena combinación de cooperación y competición. Y así seguirá siendo en el futuro.

Viniendo de Centroeuropa, no cabe duda de que al viejo continente se le ofrece la oportunidad histórica de convertirse a la larga en la fuerza motriz y coordinadora del desarrollo global.

Así se deduce de los siguientes hechos:

- El hecho de que, sobre las bases de la evolución cultural y las tradiciones, la democracia civil

parlamentaria funciona aquí muy eficazmente y sin problemas.

- El hecho de que la economía de mercado funciona aquí muy eficazmente, y que es aquí donde se ha creado la única comunidad económica integrada con capacidad operativa.

- El hecho de que hay nuevas oportunidades de ampliar los mercados y acceder a nuevas formas de cooperación.

- Y finalmente, el hecho de que Europa Occidental ha alcanzado un nivel de bienestar y seguridad social relativamente alto, que evita mayores conflictos sociales. Por supuesto, todo esto sólo se podrá conseguir si Europa se va integrando gradualmente, y todos los países del continente llegan a ser miembros de pleno derecho de la unión política, militar y económica.

Las oportunidades son grandes, pero no deben hacer olvidar los riesgos.

Los países de la CE, más Austria, Suecia, etc., a la espera de su plena adhesión, están afectados por una profunda recesión económica, que parece cualquier cosa excepto temporal, y que creo que se debe a un inevitable ajuste estructural tras el final de la guerra fría. (La controversia ha de ser reemplazada por la cooperación, y en muchos aspectos una economía de guerra ha de ser reemplazada por una «economía de paz».) El ajuste estructural puede llevar décadas, mientras el mundo en general está cambiando con gran rapidez.

Además de las dificultades económicas, el nivel de eficacia es relativamente alto (teniendo como consecuencia el aumento del desempleo), los servicios sociales están a veces sobrecargados (teniendo como consecuencia enormes déficit presupuestarios y unas iniciativas de creación de empleo desalentadoras) y surgen en gran número nuevos competidores que emplean mano de obra barata (teniendo como resultado una competencia cada vez más feroz y a menudo pérdidas de mercados).

Todo esto exacerbado por el debate sobre la ampliación y la profundización, y el miedo al poder de los países pequeños por parte de los grandes de la Comunidad Europea.

Como resultado, Europa Occidental todavía no tiene medios suficientes para controlar la crisis del continente (véase la antigua Yugoslavia).

Finalmente, además de lo dicho, no hay que olvidar otro riesgo: Europa Occidental no ha desarrollado una imagen clara de su futuro (en esencial el Tratado de Maastricht sólo dibuja un futuro para miembros del club).

Como una cuestión fundamental y una fuente

inevitable de tensión, debería considerarse la integración y la relación de culturas y lenguas nacionales, la degradación de la cultura a producto de masas y la comercialización de la filosofía europea. Un problema similar es el referido a los derechos fundamentales, incluyendo la reivindicación de las minorías étnicas y los derechos de nacionalidad.

Los países de la Europa central y oriental (incluidas las nuevas repúblicas) se enfrentan a importantes problemas de seguridad, que no hacen sino agravarse por el atraso de las tecnologías, la pobreza y la escasez de capital.

La tercera guerra mundial acabó pacíficamente, pero no fue seguida por ningún tratado de paz, excepto en el caso de Alemania (que se reunificó pacíficamente). Las relaciones dentro de la región se rigen aún por los tratados de paz de París, posteriores a la Segunda Guerra mundial, y el Acta Final de Helsinki, que confirmaba esos tratados. Sin embargo, muchos de los entonces firmantes (y miembros) ya no existen, y se han formado nuevos estados (o están luchando por la independencia mientras —como ya he mencionado— los problemas de las nacionalidades y las minorías son una fuente de creciente tensión).

Por tanto, mientras Europa occidental está dando pasos meditados hacia la integración, la Europa central y oriental se caracteriza por la desintegración, mientras cada país intenta orientarse y aproximarse a Europa occidental.

Por esta razón, soy un entusiasta defensor de lo que se conoce como el plan Balladur, porque establece el futuro de Europa en perspectiva.

El futuro de Europa depende de la cooperación y la integración. La Europa occidental necesita a la Europa central y oriental, y a la inversa incluso más aún.

Europa occidental puede hallar en nuestra región buenos mercados, oportunidades de inversión, mano de obra cualificada y relativamente barata y recursos naturales.

Centroeuropa y la Europa del Este están a su vez buscando nuevos mercados, mientras necesitan también tecnología y conocimientos.

Aunque soy consciente de que sólo países individuales pueden unirse a las instituciones europeas, el camino hacia la cooperación económica discurrirá en el futuro a través de varias regiones europeas, tales como la Centroeuropa (Polonia, la República Checa, Eslovaquia, Hungría, Eslovenia, quizá también los estados del Báltico), la región europea centrooriental (Rumanía, Bulgaria, Albania, Croacia, Serbia, Bosnia, Macedonia) y la región europea

oriental (Ucrania y tal vez el territorio europeo de Rusia).

La Comunidad Económica Europea unida puede surgir de la red de esas regiones y su gradual acercamiento.

Creo que Europa tendrá que firmar un acuerdo de cooperación separado con el imperio ruso (Rusia, Bielorrusia, etcétera).

Como el canciller Helmut Kohl viene preconizando últimamente, todo esto presupone que Europa occidental debería abrir sus mercados, movilizar sus recursos humanos, técnicos y financieros, igual que las otras regiones de Europa deberían desarrollar las libertades, una economía de libre mercado basada en los derechos humanos y en el fomento de una cooperación basada en una competencia abierta, liberalizada y leal.

¿Qué pueden hacer los países de Centroeuropa, y Hungría en particular, por el ansiado desarrollo de la cooperación e integración europea?

Ante todo, cada país tiene que trabajar y luchar por su propia transición a una economía de libre mercado basada en un fuerte sector privado. Este proceso se ve facilitado por los acuerdos de asociación que estos países han firmado con las Comunidades Europeas, por sus relaciones con los países de la EFTA y por el grupo de Visegrado, una especie de acuerdo de libre comercio firmado por Hungría, Polonia, la República Checa y Eslovaquia que en sí mismo representa un mercado de 100 millones de personas. Hay que mencionar también la Iniciativa Centroeuropa y la cooperación dentro de la eurorregión carpática, incluidas Rumanía y Ucrania.

De aquí que los países de Centroeuropa no quieran servir como una especie de cordón sanitario. Antes al contrario, desean ser el puente entre Oriente y Occidente, Norte y Sur, y actuar como vehículo hacia la integración europea.

Con respecto a mi país, Hungría, creo que es el punto más seguro y estable de la Centroeuropa en transición, donde hay un gobierno libremente elegido en el poder, donde ha afluído más del 60 por 100 del total de las inversiones directas hechas por Occidente en la región, donde el comercio con la OCDE ha alcanzado un 60 por 100 y con las repúblicas de la antigua Unión Soviética un 30 por 100. Y no podemos negar que es un país donde la escasez de capital y modernas tecnologías causan grandes dificultades, y el desempleo y la tensión social han hecho su aparición como efecto inmediato de la transición hacia una economía de mercado.

Hungría nunca aceptó el régimen comunista. Como ha dicho un director de cine, amigo mío: «Nosotros también vivimos en Europa durante los

últimos cuarenta años, pero no de la forma que queríamos.» El país siempre ha estado al frente de los cambios en Centroeuropa: nos alzamos contra los comunistas locales y la invasión soviética en 1956, pusimos en marcha la reforma del sistema socialista en 1968, y abrimos las fronteras y proclamamos la República de Hungría en 1989. Nuestro país fue el primero de la zona donde se celebraron elecciones libres en 1990, lo que significa un cambio pacífico del sistema político. Hungría fue el primer país de la región en convertirse en miembro del Consejo de Europa. Fue en Budapest donde los antiguos países miembros decidieron la disolución del Pacto de Varsovia y del COMECON.

Considerando nuestra situación geográfica, tradiciones y experiencia, no sólo podemos estar en la vanguardia de la integración económica europea, sino también llegar a ser un foco del ideal europeo en Centroeuropa. Hemos adoptado los modelos europeos en nuestra legislación, instituciones y economía, y siempre hemos sido europeos en nuestra cultura y forma de pensar.

Además, tenemos una buena oportunidad de convertirnos en el centro económico, comercial y financiero de la región, y nuestra experiencia nos capacita para actuar como una puerta o puente hacia Europa y el mundo en general, Europa del Este y el imperio ruso, incluido Kazakjstán, sirviendo así a aquellos que están recorriendo un camino desde el Este hacia Europa.

No buscamos ayudas, a pesar de que nuestro pobre pueblo las necesita. En su lugar, ofrecemos cooperación, mercados y conocimiento..., lo mismo que esperamos de nuestros socios. Siempre hemos sido abogados de la competencia y la cooperación.

Como pueden ver, confío en el futuro de Europa y apuesto por que nosotros los europeos continuaremos representando un papel dirigente en el progreso global en el próximo milenio, preservando nuestras tradiciones, culturas y lenguas.